

La muerte del torero. La caída del mito de lo español en *Sangre y arena* de Vicente Blasco Ibáñez

GRASSO, Ludmila / Universidad de Buenos Aires (UBA) – grasso.ludmila@hotmail.com

» Palabras clave: héroe, torero, nación, Vicente Blasco Ibáñez, *Sangre y arena*.

> Resumen

El propósito del presente trabajo es abordar la figura del torero-héroe, personaje central en el imaginario cultural español. Centraré mi análisis en la figura de Juan Gallardo, protagonista de *Sangre y arena* (1908) de Vicente Blasco Ibáñez. La importancia que cobra este personaje radica en su figura de héroe nacional: este unifica y crea un imaginario común de la nación española. Primeramente, me encargaré de abordar la configuración de Gallardo en tanto héroe. Indagaré en la construcción de este personaje en tanto portador de aquellos valores considerados como *lo español*. Así, retomando lo postulado por Ernesto Laclau en “El pueblo y la producción discursiva del vacío” (2005), Juan Gallardo termina por convertirse en ese *objeto a* –concepto lacaniano retomado por Laclau– que define el ideario de la nación y termina aglutinando al pueblo en torno a él. En segundo lugar, enfocaré mi análisis en la caída de la figura del héroe que viene aparejada a un deterioro físico del personaje. La valía del torero se irá difuminando debido a la deslealtad de Gallardo para con su clase y su progresiva animalización. Esta caída del héroe permitirá no solamente observar una operación narrativa, sino también dar cuenta de la pérdida de confianza en la existencia de *lo nacional*, hacia finales del siglo XIX y principios del XX en España, que se puede relacionar con la decadencia de lo que alguna vez supo ser el Imperio español.

> Introducción

Sangre y arena (1908) de Vicente Blasco Ibáñez aborda la vida y aventuras del personaje Juan Gallardo, torero nacido en Sevilla. En este texto se desarrollan los diversos conflictos provenientes del ascenso social que permite el oficio en tanto constructo de la idiosincrasia de la nación española. De esta forma se narra el periplo de este personaje que sufre un proceso de transformación desde sus inicios como un simple pícaro, para finalizar la obra convertido en el más famoso matador de la Península. Su valentía y valor al enfrentarse a los toros lo convierten en héroe, siguiendo la definición que brinda Cecil Bowra: los héroes son aquellos “hombres de dotes superiores, que son presentados y aceptados como más importantes que otros hombres. [...] Los héroes despiertan no solamente interés por sus acciones, sino también admiración [...] [y] sus dotes son de una calidad muy especial” (2000: 5).

A partir de esto intentaremos probar que a través de la caída del héroe –Juan Gallardo– se deconstruye el mito de la tauromaquia –la valía y superioridad del torero– y con ello los valores fundantes de lo nacional en la tradición española. Aquel “valor ejemplar de la corrida” que menciona Michel Leiris (1968) cristaliza la ejemplaridad y valía del torero que en Gallardo se irá difuminando debido a la deslealtad para con su clase y su progresiva animalización. Este proceso debe enmarcarse en la época de crisis social y económica de la España de finales del siglo XIX, pudiéndose encontrar una situación análoga entre la progresiva corrupción del cuerpo y acción del torero y el ocaso de España como una potencia mundial.

> **Gallardo: héroe y torero**

La fundación de una nación precisa necesariamente de ciertos símbolos que habiliten la creación de una identidad, estabilizando así los significados fluctuantes que se desprenden de su propio concepto. En España, uno de los mitos fundamentales es la heroicidad del torero. En este sentido, tal como afirma Ernesto Laclau, “la unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad [...] es inherente a la formación de un pueblo” (2005: 130). El personaje de Gallardo evoca la figura que representa y los significados y conceptos de lo que es nombrado como lo español. Por tanto, *torero* significa mucho más que simple lidiador de toros, siendo valentía, liderazgo, poder, masculinidad. Todos los valores enumerados configuran una imagen ejemplar, inalcanzable pero deseable y, por tanto, se convierte en objeto de emulación. Es por ello que se revelan como fundamentales para la creación de la nación, puesto que aglutinan un conjunto de individuos que se identifican con el torero y desean poder llegar a reunir todas sus virtudes. De este modo, observamos uno de los mecanismos de la creación del mito fundante de aquello que significa ser español.

En el texto, la heroicidad de Gallardo se manifiesta desde el inicio de su carrera. A temprana edad comienza su ilusión por ser torero, escapándose de sus obligaciones para ir con sus amigos a ver a los toros: “Casi todos los días, en vez de entrar a la tienda del maestro [para el que trabajaba], se iba al Matadero con ciertos pillos” (SA¹: 52). Juanillo Gallardo representa la rebeldía del pícaro que se opone a los mandatos del deber ser para vivir en libertad su pasión y afición. Esto es central para la composición de su personaje debido a que la imagen del pícaro es asimilable a la de Lázaro en *El Lazarillo de Tormes*, texto central para el canon español. De esta manera se inserta al personaje en el linaje de figuras literarias representativas que conforman el retrato de un niño de bajo estrato social, con mínimos recursos y posibilidades; procedimiento reforzado por la propia intertextualidad establecida con el texto antes nombrado.

El periplo del héroe inicia cuando Gallardo decide abandonar su Sevilla natal, emprendiendo un viaje iniciático con sus amigos que terminaría por convertirlo en héroe: “Emprendían la marcha de noche, con

¹ De ahora en adelante indicaré la obra *Sangre y arena* de V. Blasco Ibáñez con la sigla SA, seguida del número de página correspondiente a cada cita. Empleo la edición de 1998.

la capa al hombro si era verano y envueltos en ella en el invierno, el estómago vacío y hablando continuamente de toros” (SA: 54). Como un pícaro, recorre los caminos buscando cumplir sus sueños de grandeza por convertirse en torero profesional. Aquel viaje culmina una vez que Gallardo consigue ser un reconocido y exitoso torero. Esta situación se evidencia en el modo en que el pueblo comienza a tratarlo y la importancia que logra su nombre a partir de ese momento. Luego de triunfar con bizarria en una corrida, su nombre es celebrado por la masa: “Por la noche, en las tabernas de los barrios populares y los cafés, solo se habló de Gallardo” (SA: 67). Gallardo logra ser admirado –por su maestría y valeroso accionar en el redondel– tanto por pobres como ricos y comienza a tener un lugar central en los ámbitos sociales. Esto demuestra que, tal como afirma Julian Pitt-Rivers, la corrida es central para la cultura española por ser un “ritual que asegura la estabilidad de la sociedad y reafirma que los hombres son hombres y que el orden social se ha mantenido” (1997: 111). Ese lugar central de torero lo convierte en portador de todos los valores considerados positivos para la sociedad española y, en tal sentido, se revela como héroe –más allá del mero redondel–.

Durante su periplo como héroe, Juan lidia en numerosas corridas y en cada una de ellas despliega gran coraje, lo cual, siguiendo a Bowra, ubica a dicho personaje en un plano de heroicidad puesto que “el coraje es siempre necesario” (2000: 15). Así lo afirma el narrador que, acercándose al punto de vista de Gallardo –como narrador equisciente–, hace hincapié en la bizarria del torero: “Valor y audacia eran lo necesario para vencer. Y casi a ciegas, sin más guía que la temeridad ni otro apoyo que el de sus facultades corporales, había [...] asombrado al público hasta el paroxismo, aturdiéndolo con su valentía de loco” (SA: 36). El mismo apodo “El espada”, con el cual se nombra a Gallardo –como a todos los toreros, puesto que se encargan de manejar la espada con maestría para matar al toro–, ya lo ubica en una posición de fornido luchador. Su valentía, por tanto, también es demostrada con el uso de la espada y su desfachatez al enfrentarse al toro: “De pronto se echó la espada por delante, al mismo tiempo que la fiera caía sobre él. Fue un encontronazo brutal, salvaje” (SA: 40). Es la valentía que posee el torero la que le permite enfrentarse cara a cara con la muerte, con los cuernos del toro, confiando en su habilidad con la espada y su maestría de matador.

Esta grandeza heroica en su accionar se encuentra reafirmada por el público que ovaciona su valentía y su destreza: “La ovación estalló estruendosa [...] Todos gritaban, reclamando para el diestro [refiriéndose a Gallardo] los honores de la maestría. Debían darle la oreja. Nunca tan justa esta distinción. Estocadas como aquella se veían pocas” (SA: 41). El pueblo que se reúne a ver la corrida reconoce la maestría de Juan –es decir, el accionar con su espada– rasgo que lo distingue del resto de los hombres por su valentía, por su bravura. El público, por su parte, así lo reconoce, queriéndole dar la mayor distinción para un torero: la oreja del animal que acaba de matar. Tal como afirma Pitt-Rivers (1997), las corridas escenifican el culto al toro, es decir, son una fiesta en torno a la perfección del animal. Por tanto, Gallardo, al lograr vencer al toro, se convierte en un hombre singular, pues es capaz de doblegar a la admirable fiera. Solo la fuerza de un hombre extraordinario, como la del torero Gallardo, puede acabar con el más poderoso animal. Esto es lo que lo convierte en una figura digna de emulación,

ya que porta y representa todas las características de lo que significaría ser un buen español: valentía y fuerza.

Esta condición superior en fuerza y bizarría lo convierte en un héroe y lo asimila a los grandes hombres de la antigüedad. Uno de ellos podría ser el propio Cid Campeador, quien es capaz de combatir y vencer a un león. La potencia animal se ve subyugada por la fuerza del hombre, provocando la admiración generalizada y el anhelo por parecerse a tales figuras vigorosas y poderosas. La fuerza y pericia en la batalla contra los animales también tiene un punto de contacto con los antiguos gladiadores romanos que solamente contaban con su fuerza para vencer a las más temibles fieras. El propio Ruiz, experimentado doctor de toreros, así lo reconoce: “-Lo mismo que los antiguos gladiadores- dijo el doctor Ruiz [...]-. Estás hecho un romano, Juan” (SA: 20). Gallardo es definido por Ruiz como una figura ambivalente. Por un lado, porta las virtudes físicas de aquellos hombres que con solo la espada se enfrentaban a los más bravos animales. Por otro lado, con esta comparación se cristaliza la función final del torero: arriesgar su vida frente al más terrible oponente –el toro– con el simple fin de entretener al público, tal como lo hicieran los gladiadores romanos. El torero, entonces, no es más que una marioneta que vehiculiza el goce ajeno y su heroicidad recae en esa disposición de arriesgar su vida para demostrar su poder y fuerza extraordinaria. Así lo afirma Cecil Bowra, refiriéndose a la importancia de la fuerza de los héroes: “cuando llegan a la prueba final, es el poder físico lo que cuenta” (2000: 7). En definitiva, cuando llega ese momento de salir al redondel y enfrentarse a su oponente, el torero solamente cuenta con su fuerza física y la maestría con su espada. La heroicidad del torero, en este sentido, se despliega de dos formas: demostrando su fuerza para salvar su vida y brindando un *show* digno para los espectadores.

Asimismo, esta superioridad de fuerza lleva aparejada una apariencia física que le permite realizar sus heroicos retos. Tal como afirma Bowra: “La apariencia de un héroe revela su esencial superioridad y lo distingue de otros hombres” (2000: 13). Por tanto, el traje del torero no es solamente un condimento vistoso del espectáculo, es también la demostración visible de la superioridad del matador:

El espada había apelado para la fiesta al traje usual y bizarro de los antiguos toreros [...] La chaquetilla y el chaleco eran de terciopelo color de vino, con alamares y arambeles negros; la faja de encarnada seda; el calzón ajustado, de oscuro punto, moldeaba las musculosas y esbeltas piernas del torero (SA: 108).

Es decir, sus vestimentas resaltan la bizarría de los antiguos y valientes toreros a la par que visten ese poderoso cuerpo, musculoso y esbelto. La figura del torero es la de un ser extraordinario, de cuerpo y porte privilegiado. Es la materialización en carne de todas aquellas características deseables de emulación.

No obstante, no solo su cuerpo es privilegiado, sino también sus acciones. Bowra afirma que los héroes luchan para defender a su país (2000: 23) y es eso mismo lo que Gallardo hace en cada corrida: defender los valores de lo español². El público que lo admira así se lo hace notar cuando vivan su

² Siendo la bizarría y la bravura valores que se aparejan a España y sus habitantes.

nombre: “-¡El Gallardo! ¡Olé el Gallardo!... ¡Vivan los hombres!” (SA: 10). Se recalca su valía, su masculinidad y, por tanto, su hombría. Él es el hombre al que todos deben aspirar a ser. De hecho, el mismo narrador hace énfasis en su valía como el gran hombre de la nación: “Los más audaces [refiriéndose a los fanáticos] le cogían una mano [...] deseando prolongar ese contacto con el grande hombre nacional” (SA: 10). Gallardo es el gran hombre de la nación porque es el héroe español: “Allá en Andalucía era Gallardo el héroe, producto espontáneo de un país de ganaderías” (SA: 292). Así se revela como el representante perfecto de una nación que admira a los toros y, en consecuencia, se maravilla ante el accionar de un hombre que puede dominarlos.

En definitiva, las corridas son centrales para la conformación del ideario de nación: “La arena de Sevilla era [...] de un amarillo subido [...] Cuando los caballos destripados soltaban su sangre sobre ella como un cántaro que se desfonda de golpe, Gallardo pensaba en los colores de la bandera nacional” (SA: 159). La nación española es un mito que nace en ese redondel y el torero, que allí se destaca, termina por convertirse en *el hombre español*. Es por ello que la cultura española gira en torno a la tauromaquia, tal como afirma Pitt-Rivers: “El culto al toro no ha desapareci[do] hoy en día ni en la cultura popular española ni en la corrida de la cultura nacional [...] Es inherente a la mentalidad española” (1997: 113). La tauromaquia *es* España, la configura, es uno de los mitos que permiten sostener ese otro mito: el de la nación.

El torero es el eje sobre el cual gira el rito tauromáquico y, por consiguiente, Juan Gallardo es un héroe nacional: un ser grandioso, que enfrenta a los poderosos toros, razón por la cual sus acciones merecen ser emuladas. Esto hace del torero un ser perfecto, al que se desea alcanzar: un *objeto a*. Laclau define al significante vacío como “un objeto a en el sentido lacaniano” (2005: 161). El significante vacío es aquel que puede recibir diversos significados y, en este caso, *nación española* como significante vacío pasa a llenarse por todos los significados que lleva aparejado *torero*. En *Sangre y arena*, *torero* significa héroe y, a su vez, Juan Gallardo. En consonancia, *Juan Gallardo* termina por significar *nación española*. De este modo la forma de identificación nacional se hace en el cuerpo del torero, en tanto encarna todas las características deseables del *ser español*.

› **La deconstrucción del héroe: la caída de Juan Gallardo**

La figura perfecta y heroica de Juan Gallardo se irá deconstruyendo hacia el final de la novela. El periplo del héroe no culmina de forma deslumbrante, sino que realiza una curva descendente que le quita esa investidura fenomenal y heroica. Leiris (1968), con relación a la escritura autobiográfica, da cuenta de que la construcción heroica de un personaje es producto de una operación literaria. Esto mismo es lo que Vicente Blasco Ibáñez realiza con Juan Gallardo en *Sangre y arena* y responde a la propia construcción que realiza una nación con sus héroes. La nación española crea un héroe que la justifica como tal, que justifica la existencia de una unidad cultural en torno a lo que, en este caso, el torero comienza a significar: valor, poder, audacia, masculinidad. Ese es el mito español, un conjunto de

significados que fundan la tradicional concepción de nación española. Pero, como afirma Leiris, poco importa si esto es real o no, porque la creación mítica de un héroe es una operación: se crea grandeza y ejemplaridad donde antes no las había. Juan Gallardo es una construcción de ejemplaridad de lo español y, como construcción, también puede dejar de serlo.

El periplo heroico de Juan Gallardo inicia su caída con lo que Bowra denomina un “error desastroso”, cuyo “resultado es siempre una catástrofe que de otro modo hubiera podido ser evitada” (Bowra, 2000: 31). Aquel “error desastroso” que comete Juan es ser desleal con su clase. Marginal y marginado socialmente, desde pequeño Gallardo sueña con cambiar de vida: “¡Torero, nada más que torero! Ya que otros lo eran, ¿por qué no serlo él? Pensaba en las judías averiadas y el pan duro de su madre [...] Además, sentía un ansia vehemente por todos los goces y ostentaciones de la existencia” (SA: 61). Su origen humilde marca el punto de partida de una carrera que terminará por revertir tal situación. “[El torero, surgido del subsuelo social” (SA: 5) ahora sale de la marginalidad ganando cada vez más dinero –aquello que siempre anheló tener– a medida que se convierte en un matador de mayor reconocimiento. Esto lleva a que Juan cambie algunos hábitos y costumbres: “Su vida y sus costumbres habían cambiado. Entraba poco en los cafés de la calle de las Sierpes, donde se reunían los aficionados. Eran buenas gentes, sencillas y entusiastas, pero de poca importancia” (SA: 129). Gallardo comienza a frecuentar nuevos ámbitos, a codearse con las esferas más altas de la sociedad: “[iba a] un club aristocrático, con domésticos de calzón corto, imponente decoración gótica y servicios de plata sobre la mesa. [...] Daba gusto rozarse con tanta gente distinguida” (SA: 129). Con esa expresión de gusto por el nuevo espacio de sociabilización, el narrador equisicente revela el placer de Juan de ver cumplidas aquellas expectativas de grandeza de cuando niño: “En otros tiempos se hubiera considerado riquísimo con una parte de lo que poseía actualmente... Ahora era casi un pobre si renunciaba al toreo: tendría que suprimir los cigarros de la Habana [...] y los vinos andaluces de precios caros” (SA: 297). El personaje cree haber conseguido enterrar su pasado de pobre y marginado. Sin embargo, “Él [Gallardo] era rico y no lo era. Su posición social no se había consolidado” (SA: 296). En conclusión, ese “error desastroso” del héroe es el de creer pertenecer a una clase de la cual siempre estaría excluido.

Esta deslealtad a su clase y la consiguiente relación con nuevas compañías lo llevará a conocer a doña Sol, sobrina del marqués de Miura y perteneciente a la más alta *elite* española. En la relación carnal que ellos mantienen se cristaliza la relación de Juan con la clase social alta, ocupando el protagonista el lugar de animal domado. Doña Sol se siente atraída por el torero porque lo considera un animal –vigoroso y sensual– y así lo manifiesta: “Yo quiero que huelas a toro, que huelas a caballo... ¡Qué olores tan ricos! ¿No te gustan?... ¡Di que sí, Juanín, bestia de Dios, animal mío!” (SA: 146). Esa visión de animal que tiene Sol sobre Juan revela la forma en que toda su clase lo ve: como un animal que combate con otro animal, el toro, cuya vida se pone en peligro en pos de satisfacer sus deseos por ver un buen espectáculo. Juan, al aceptar su animalización, también acepta ser reducido a menos que un hombre al manifestar: “-Tengo deseos de correr a cuatro patas. Quisiera ser toro” (SA: 146). La valentía del héroe que vence al toro se difumina al ser tratado como animal –y además desear serlo–: es un

hombre que haría cualquier cosa por codearse con la *elite*. Por lo tanto, deja de ser el hombre que reafirma su supremacía excepcional matando a la bestia para ser ahora un animal más. El héroe se convierte en ese otro al que siempre se enfrentó y venció.

Esta aceptación de inferioridad –que le permite acceder a esa clase que anheló siempre pertenecer–, y la consiguiente animalización, lo lleva a alejarse de aquello que lo definiera como héroe. Esta situación puede asimilarse a los acontecimientos de finales del siglo XIX español. Durante este período el imperio comienza a desintegrarse y se pone en riesgo el propio concepto de nación. La caída del torero, que es un mito que sostiene y da significado al significante vacío de *nación*, cristaliza la coyuntura de descrédito y pérdida de seguridad de la época. Todos aquellos valores y certezas, alguna vez firmes y estables, se corrompen y terminan por desmoronarse.

Este proceso puede observarse en la pérdida del coraje y la heroicidad –y por consiguiente la maestría– del torero Gallardo, que culmina en una corrida desastrosa: “Marchando de lado contra el toro, lo hirió con una estocada atravesada y traidora” (SA: 263). La tribuna se burlaba de sus últimas presentaciones: “una parte del público rió [...] – ¡Juy, que te coge! - gritó una voz irónica” (SA: 262). Lejos quedaban esos tiempos en que el público lo vitoreaba admirado. Por lo cual, queriendo conquistar nuevamente a la tribuna, intenta volver a mostrar su maestría. Sin embargo, falla en la faena y termina gravemente herido: “el hombre salió de entre los cuernos despedido como un proyectil por un cabezazo demolidor” (SA: 343). Su muerte no es heroica –aunque lo hace en su ley, aceptando su destino trágico– sino que es causada por aquel animal al que solía dominar con prestancia. Finalmente, Gallardo muere alejado de la opulencia y el esplendor que algún día supo tener: “¡Y así acaba un hombre como aquel, sin poder estrechar la mano de los amigos, sin decir una palabra, repentinamente, como un mísero conejo a quien golpean en la nuca!” (SA: 345). No muere como un hombre majestuoso, sino como un simple animal. Esta situación puede observarse análoga a la situación del Imperio español cuya caída borra todo el esplendor y la opulencia que en alguna época supo tener. La pérdida de las últimas colonias, las batallas perdidas, se asimilan a las derrotas del torero en el redondel. Así como el Imperio español parecía invencible en el campo de batalla y era indudable su capacidad en tanto potencia mundial, Gallardo también era un batallador impoluto en las corridas. No obstante, ese mito termina por deconstruirse en el momento en que el torero es vencido: la inestabilidad del torero resuena como un eco que retumba en la propia inestabilidad del concepto *nación española*.

Todos aquellos valores ejemplares que se asociaban a la figura del torero Gallardo se van perdiendo hasta concluir en su caída. Ese mito nacional de la excelencia del torero se deconstruye y se devela la falsedad de tal construcción, por eso, el mito del gran hombre español cae. El torero, al ser portador del significado de *nación española*, pone de manifiesto la debilidad de tal concepción. La cobardía, la traición, la animalización y la consiguiente muerte del torero revierten los altos valores que se asociaban con Juan Gallardo, con el ser torero, con la tauromaquia y, por extensión, con la nación española: “¡Ah, España! ¡País de desilusiones, donde todo era pura leyenda, hasta el coraje de los héroes!” (SA: 266). La caída del mito de la valentía del torero revela la heroicidad del matador como una construcción y, en

consecuencia, también la ficción de la existencia de aquello entendido como lo nacional. De este modo, España en tanto nación se revela como una pura red simbólica.

> **Conclusión**

En el presente trabajo buscamos dar cuenta de que la construcción de España, en tanto nación, precisa de una red simbólica y un mito fundante. Uno de los significantes en torno al que se construye tal configuración es la figura del torero. La figura heroica del torero se convierte en objeto deseable de identificación. *Torero* significa mucho más que simple lidiador de toros: es valentía, liderazgo, poder, masculinidad. En definitiva, significa todo aquello que se presenta como deseable y objeto a emular. Esos valores se convierten en fundamentales para la creación de la nación: aglutinan un conjunto de individuos que se identifican con el torero y desean poder llegar a reunir todas sus virtudes. Así se crea el mito de lo que significa *ser español*.

En *Sangre y arena*, el torero Juan Gallardo es el *objeto a* en tanto símbolo de la bizarría y ejemplaridad de lo que significa España. Sin embargo, la deconstrucción que se hace en la novela de esa perfección mítica del torero a través de una doble operación –el “error desastroso” de Gallardo que lleva a su deslealtad para con su clase y la consiguiente animalización del personaje– irá desmitificando, progresivamente –y hasta su deshonrosa muerte– al héroe nacional.

El objeto de deseo Juan Gallardo se deconstruye, sale a la luz el entramado artificial de la investidura de la cosa-torero y pone en entredicho el mito fundacional de la nación española. De este modo, también se derrumban los significados sobreentendidos acerca de lo nacional español. La desarticulación de la construcción nacional, al ser revelada como mero constructo, da cuenta de la ficción y, en ese sentido, pone de manifiesto que es un significante flotante. Así, *nación* puede ser llenada con el significado *torero*, pero, en definitiva, lo que se cristaliza es que *nación* no significa nada *per se*.

La historia de Gallardo termina por convertirse en el reflejo de un momento de crisis de/para la nación española –en tanto constructo, concepto y en términos materiales–, en el que todo se pone en duda, que permite repensar todas las estructuras que se dan como naturales, incluso la identidad y la idea de nación.

> **Referencias bibliográficas**

Blasco Ibáñez, V. (1998). *Sangre y arena*. Madrid: Alianza.

Bowra, C. (2000). El héroe. En A. Basarte (Comp.), *Épica medieval* (5-33). Buenos Aires: Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Laclau, E. (2005). El pueblo y la producción discursiva del vacío. *La razón populista* (91-161). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Leiris, M. (1968). La literatura considerada como una tauromaquia. *Sur*, 31, 12-31.

Pitt-Rivers, J. (1997). Un ritual de sacrificio: la corrida de toros española. *Alteridades*, 7(13), 109-115.

Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74711130013> el 30/11/2017.